

su buena reputación informativa. Le solíamos gastar bromas acerca de eso.

—¡Hum!—nos gruñía don "Inda" desde el teléfono del señor Alba—. Ceferino Palencia es un "mitomano"... No lo creo...

Pero a los pocos minutos llegaron, en un "taxi", él y Domingo. Acababan de comunicar con la Agencia Havas.

—Sí... Sí... Es verdad... ¡La República!...

Estaban emocionados. A Marcelino, trémulo, le brillaban las gafas. Don "Inda" tenía los ojos cuajados de lágrimas.

El teléfono de Madrid llamaba sin cesar, dando más noticias del movimiento, pidiendo que Prieto y Domingo, ministros del Gobierno provisional, salieran en seguida para ocupar sus puestos.

Se decidió que ellos dos tomaran el tren aquella noche, y que al día siguiente partieran los demás emigrados.

Mientras apresuradamente se acordaban estas cosas y se hacían las maletas, reporteros de todos los periódicos del mundo, fotógrafos, operadores de cine, invadían el hotel. Entrevistaban y retrataban primero a Prieto, Domingo, Queipo de Llano y Franco, claro está. Pero eso no les bastaba, y les pedían declaraciones y autógrafos a toda criatura que encontraban por la casa: hasta a las viejas inglesas; hasta a la camarera que les entraba, por las mañanas, el café con leche a los emigrados... Las noticias de Es-

paña debían de estar cayendo como bombas sobre París. Veíamos pasar, corriendo, por debajo de los balcones, vendedores, que voceaban extraordinarios de los periódicos con "la revolución española". Las gentes estaban consternadas o indignadas. "¡Tan simpático!"... "Tan gentil!"... se oía decir a las muchachas mirando, entrecidas, el retrato de don Alfonso. En "La Liberté", su director, monsieur Camille Aymard, me acuerdo que exclamaba, colérico: "¡Pero es que ese rey no tiene arena en sus almacenes para enarenar las

calles de Madrid y hacer cargar sobre la chusma?"

Al salir Prieto y Domingo para tomar el coche que había de llevarles a la estación, a la puerta del hotel había un gran grupo de amigos y curiosos.

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

El automóvil echaba a andar, cuando un mozo salió corriendo del Malherbe:

—¡Mon sieur Prieto!...

—¡Monsieur Prieto! ¡Llama de Madrid monsieur Zamora!...

Prieto se apeó y fué a la cabina del teléfono.

Al cabo de un momento, volvió silbando su musiquilla de los momentos de malhumor.

—¿Qué pasa?

—Pchs... Poca cosa.

Que dice Díaz Berrio, el secretario de don Niceto, que ahora resulta que el rey se niega a marcharse...

—¡Demonio!, pero entonces ¿qué va a suceder?...

—Hombre, pueden suceder dos cosas—explicó don "Inda", mientras se acomodaba en su asiento del "taxi"—: puede suceder que lo echen y que no lo echen. Si lo echan, mañana, por la noche, llegaremos triunfalmente a la estación de Madrid. Si no lo echan, mañana, por la mañana, llegaremos tristes a la cárcel de Irún.

Sonrió, se frotó las manos, como si la situación le divertiera mucho, y, volviéndose hacia el chofer, dijo:

—A la estación d'Orsay.

VICENTE SANCHEZ-OCAÑA



Prieto recibiendo la noticia de la proclamación de la República.

VENDA



Por la salud y la belleza

Con las fricciones de Agua de Colonia Añeja quema usted las grasas, conserva la esbeltez de la línea, los nervios firmes, y el bienestar y la agilidad del cuerpo.

Además, esas fricciones con guante ruso, en lugar del baño o después de él, en todo el cuerpo, pero principalmente en el pecho y la espalda, fortalecen y perfuman, preservan de resfriados y dan firmeza al cutis.

La calidad de la Colonia Añeja y sus virtudes tónicas especiales, son debidas a su alcohol puro de 90 grados, a sus esencias naturales escogidas, de flores, frutas y plantas, y a su concentración por envejecimiento.

Agua de Colonia AÑEJA

FRASCO, 2,50
LITRO, 15 PTAS.
TIMBRE APARTE

PERFUMERÍA GAL.-MADRID.-BUENOS AIRES